

fecundo o luminoso, rosa, amor o estrella, que es una montaña llena de simas en cuyo interior se arrastran los vicios como larvas; y sigue un torrente de ideas libertarias como éstas:

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo:
 ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo;
 respira en las montañas saludables alientos;
 destuerce los cerrojos del antro de los vientos;
 recoge las primicias de los frutos opimos;
 ciñete la corona de espigas y racimos;
 desarma la muñeca y el calcañar del fuerte
 cuyos sobacos huelen a bravío y a muerte;
 funda en las nuevas aras los dogmas fraternales
 noblemente rodeados de nimbos siderales;
 borra de tus encías la hiel de todo insulto;
 y haz que las hostias sean, en tu moderno culto,
 no de carne sangrienta, sino de dulce trigo.
 El Tío Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo
 tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza
 hay no sé qué proyectos de una informe grandeza;
 aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos;
 muérdete con sus tenazas las cuñas de tus grillos:
 pon en las férreas ancas de sus locomotoras
 una gigante carga de nubes y de auroras;
 desflora con su hierro las cumbres familiares:
 y alzándote desde esos gigantescos altares,
 proclama a Dios, en frente de las excelsas lumbres
 del sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.
 Castiga, si hay infamia que castigar; nivela
 los antros, no las cimas; alza tu blanca vela
 sobre el egregio mástil de la fe; tiende al viento
 como un plumaje de oro todo tu pensamiento,
 y abre a la aurora tu alma como un bosque armonioso.

Sobre aquella columna blasfema,
 flotaban los fulgores de los astros y
 sonidos semejantes a los que produce
 el huracán en un bosque de pinos; y
 el mar oía, y oían las selvas, el antro
 y la montaña; caían silenciosas lágrimas
 de luz y sangre; las sombras pesaban
 sobre la tierra, y para terminar
 dice así:

En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo
 entre mi pensamiento y la eternidad. Iba
 cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba
 los astros continuaban levantando sus quejas
 que ninguno sentía sonar en sus orejas.
 Rugían como bestias luminosas, heridas
 en el flanco, mas nadie sujetaba las bridas;
 nadie alzaba los ojos para mirar aquellas
 gigantes convulsiones de las locas estrellas;
 nadie les preguntaba su divino secreto;
 nadie urdía la clave de su largo alfabeto;
 nadie seguía el curso sangriento de sus rastros...
 Y decidí ponerme de parte de los astros.

Luego sigue una lluvia de hermosos versos entre los cuales está «Metempsícosis» en el cual el poeta se po-

ne de parte de los desgraciados y los humildes, y sueña con una nueva redención. Describe en primer lugar un país tétrico poblado de altísimos abetos, donde se oían los quejidos del viento; tal vez, dice el poeta, era el lugar donde estaba la boca del infierno. Sobre las aguas se levantaba un promontorio negro, como el cuello de un potro que hubiera muerto en un combate. La luna, tristísima, aparecía con cara de esqueleto, y el mar, era un mar eterno,

dormido en un silencio sofocante, como un fantástico animal enfermo. Sobre el filo más alto de la roca, ladrando al hosco mar estaba un perro. Sus colmillos brillaban en la noche, pero sus ojos no, porque era ciego. Su boca abierta relumbraba, roja, como el vientre caldeado de un brasero, como la gran bandera de venganza que corona las iras de mis sueños, como el hierro de una hacha de verdugo abrevada en la sangre de los cuellos.

Para completar lo lobreguez de tan horroroso cuadro, en la boca de aquel animal ahullaba el hambre como el sonido hueco de las campanas de noviembre. Ahora viene una hermosísima concepción del poeta, que expresa así:

Vi que mi alma con sus brazos yertos—y en su frente una luz, hipnotizada,—subía hacia la boca de aquel perro,—y que en sus manos y sus pies sangraban,—como rosas de luz, cuatro agujeros, y que en la hambrienta boca se perdía, y que el monstruo sintió en sus ojos secos encenderse dos llamas como lívidos incendios de alcohol sobre los miedos.

Entonces, dice el poeta:

Y aprendí a aborrecer como los siervos;—
 y mis ojos miraron en la sombra—una cruz nueva,
 con sus clavos nuevos—que era una cruz sin víctima,
 elevada—sobre el oriente enorme de un incendio,—aquella cruz sin víctima, ofrecida—
 como un lecho nupcial. Y yo era un perro!

Todo el libro «Las Montañas del Oro» está modelado de la manera que hasta ahora hemos visto, con excepción de «Los Salmos del Combate», que este sabio artífice ha escrito con la melodía corriente, como para demostrar que si no ha moldeado todo su libro de ese modo, no es porque